

DESAFÍOS POLÍTICOS Y ECONÓMICOS DE AMÉRICA LATINA 2016

Equipo CELAG: Alfredo Serrano Mancilla, Mariela Pinza, Guillermo Oglietti, Esteban De Gori, Camila Vollenweider, Mauro Andino, Gisela Brito, Agustín Lewit, Sergio Martín Carrillo, Nicolás Oliva, Ava Gómez, Javier Calderón, Bárbara Ester, Silvina Romano, Sabrina Flax, Florencia Pagliarone, Shirley Ampuero, Arantxa Tirado, Pedro Santander.

- I. Introducción: el cambio de época en Suramérica**
- II. Actores políticos en los procesos de cambio**
- III. Reconfiguración de las expectativas sociales**
- IV. Discurso y comunicación política en el siglo XXI**
- V. El futuro de las revoluciones: recomendaciones para recuperar y mantener la adscripción popular**
- VI. Sobre el precio del petróleo**
- VII. América Latina en disputa**

I. Introducción: el cambio de época en Suramérica

La *Suramérica del siglo XXI* es una región en continuo movimiento. El continente latinoamericano se ha venido moviendo a contracorriente, en una dirección opuesta a aquella que es marcada desde la hegemonía neoliberal a escala mundial. No ha sido, ni es todavía, tarea sencilla buscar la manera de labrar un nuevo camino distinto a aquel establecido e impuesto por las elites económicas mundiales y la clase política que las representa. No es fácil proponer otras alternativas porque la hegemonía suele limitar excesivamente la capacidad para imaginar otras opciones.

Son complejidades que deben ser superadas si se desea llevar a cabo la puesta en marcha de un proceso de cambio eficaz y exitoso a favor de la mayoría social. Pero no se trata de superar únicamente alguna de las dificultades mencionadas de manera aislada. La misión es aún más compleja. En primer lugar, se debe lograr vencer a la hegemonía en el *round* electoral con todo en contra, convenciendo a la mayoría de que “sí se puede” cambiar las cosas. Esta batalla inicial se caracteriza por luchar contra una de las máximas neoliberales por excelencia: no hay alternativa. La convicción mayoritaria de la existencia de otro camino es clave para comprender la magnitud del cambio de época. Sin ese punto inicial de arranque, sostenido en el tiempo, hubiese sido imposible construir nuevos proyectos políticos con capacidad real de dejar atrás el laberinto neoliberal. Pero no se trata únicamente de lograr un respaldo inaugural: su determinación depende de que no sea efímero ni esporádico.

El nuevo sentido común existente en algunos países de la región es una muestra inequívoca de que, además de haberse resistido a la hegemonía neoliberal, se ha conseguido consolidar nuevos paradigmas que van más allá de un ciclo electoral favorable. Es por ello que el cambio de época existe. Se trata de un nuevo ciclo histórico político abierto en muchos países de América Latina que en los casos de Venezuela, Bolivia y Ecuador se cristalizó en procesos constituyentes que culminaron en la elaboración de un nuevo pacto social, esto es, de una nueva Constitución. Nuevas reglas de convivencia para un nuevo tiempo que se abría poniendo punto y final a la época neoliberal.

Son tres escenarios que difieren del resto precisamente por este aspecto central: no aceptaron ninguna refundación que no fuera edificada sobre las bases de un nuevo contrato social, económico y político, sellado por la nueva mayoría ciudadana. Venezuela, Bolivia y Ecuador constituyen realmente la máxima expresión de este cambio de época en América Latina. Lo cual no quiere decir que no haya habido casos, como particularmente el argentino, el uruguayo, o el paraguayo hasta la destitución de Fernando Lugo, y quizás también - aunque en menor medida - Brasil, que no sean ejemplos de procesos políticos que están participando muy activamente en este nuevo cambio de época abierto en la región. Pero son los casos específicos de Venezuela, Bolivia y Ecuador los que más han avanzado tanto en el cierre de la época neoliberal como en la inauguración de otra época totalmente diferente, que además marca el rumbo

a otro horizonte estratégico. Argentina bien podría sumarse a este grupo de países *nucleadores* del cambio de época. ¿Por qué? La Argentina de los gobiernos kirchneristas, sin haber cambiado su marco constitucional supo moverse al límite de los márgenes establecidos con el objetivo de recuperar la soberanía en sectores estratégicos al mismo tiempo que supo implementar políticas públicas exitosamente inclusivas, que ahora están en franco retroceso tras la victoria del neoliberal Macri. También el caso de Brasil amerita estar presente en esta discusión porque a pesar de que presenta una serie de continuidades con el orden neoliberal anterior (muy especialmente en la política económica financiera), es innegable que la política pública en su última década muestra un claro punto de ruptura con el neoliberalismo. Pero además, Brasil ha venido jugando un papel clave en la región y también en la conformación de los BRICS a nivel mundial. Este rol no es en absoluto desdeñable si se quiere abordar el cambio de época en Suramérica.

En Suramérica se han sucedido diferentes procesos políticos que han supuesto un verdadero punto de inflexión, una ruptura con lo que venía sucediendo, con nuevos desafíos estratégicos en lo económico, en lo político y en lo social. La región ha sido capaz de dejar atrás las décadas perdidas neoliberales iniciando un camino caracterizado por años ganados para la mayoría social. Estos años ganados conforman la primera fase de una época ganada, de este cambio de época que nació con el siglo XXI. A partir de aquí, el desafío es no quedarse paralizado ni por pesimismo paralizantes (ese *todo está mal* que esteriliza cualquier proceso de cambio) ni tampoco por excesos de triunfalismo (en clave retrospectiva). El gran reto es continuar con más saltos adelante, para afrontar lo que resta por venir, los nuevos objetivos estratégicos e históricos, para identificar y superar las nuevas adversidades coyunturales (tanto adentro como afuera); conocer las nuevas demandas de la mayoría social para así encontrar las nuevas respuestas; llevar a cabo las transformaciones estructurales para lograr la irreversibilidad de todo lo conquistado; conocer cuáles son las actuales y futuras contradicciones y tensiones para que sigan siendo la base-motor creativa del proceso de cambio.

Cualquier análisis de este cambio de época en la región ha de iniciarse inexorablemente por una primera etapa de irrupción popular-plebeya, nacional-popular, que interpela y cuestiona en su totalidad al modelo vigente del neoliberalismo. No sería posible comprender esta década ganada si no es atendiendo a este sujeto movilizador, a modo de nuevo topo, con potencia y capacidad emancipadora. Desde ahí emergen los liderazgos de Hugo Chávez en Venezuela, el de Evo Morales en Bolivia y el de Rafael Correa en Ecuador; también el de Néstor Kirchner en Argentina, el de Lula da Silva en Brasil, el de Pepe Mujica en Uruguay (y el de Lugo en Paraguay). Son procesos que no surgen de la nada ni de ningún laboratorio. Son propuestas constituyentes para los casos de Venezuela, Bolivia y Ecuador con el objetivo de refundarse, de renovar el pacto social, económico y político incluyendo a la mayoría, de reapropiarse de todo lo que había sido expropiado por el neoliberalismo, de recuperar la soberanía controlando la riqueza estratégica existente en cada país, de abandonar la inserción subordinada y

dependiente en el sistema mundo. Es otro paradigma que resurge para saldar, en una primera etapa y de la forma más urgente posible, la deuda social heredada que afectaba injustamente a cada ciudadano en su vida más cotidiana. No había paciencia que soportase las paupérrimas condiciones en las que vivía la mayoría social.

Esta coyuntura adversa era el primer obstáculo que saltar porque a partir de ahí se podría pensar en las transformaciones estructurales y estratégicas necesarias para sostener este proceso de cambio en el futuro. En Venezuela, Bolivia y Ecuador, y también en Argentina, Brasil y Uruguay, en tiempo record, se lograron avances sociales, económicos y políticos sin parangón en la historia de cada país. No solo ha habido avances sociales en materia de salud, educación, vivienda, servicios básicos, empleo y salario real, desnutrición y mortandad, etc. también se ha avanzado en cambios estructurales muy considerables en diferentes ámbitos de la política económica. De hecho, la consolidación de nuevos espacios de integración en América Latina (ALBA, Unasur, Celac, y un nuevo Mercosur), con mayor grado de independencia de los países centrales, así como las nuevas alianzas geoestratégicas con otros polos geoeconómicos, son un pilar fundamental del nuevo cambio de época para esos países. Y también ha supuesto un gran influjo en el resto de países en el modo de concebir el nuevo paradigma geopolítico.

Es definitivamente ésta una América Latina en movimiento. Como afirmaba Álvaro García Linera¹, en alusión a Marx, se trata de un “movimiento real que se desenvuelve ante nuestros ojos”; es éste el movimiento que acontece en esta región innegable durante este siglo XXI. La región ha sufrido innumerables cambios en cuanto a nuevos gobiernos, nuevas políticas económicas, y novedosos espacios de articulación económica y política entre sus países, que eran impensables a fines del siglo XX.

II. Actores políticos en los procesos de cambio

Los grandes actores de los gobiernos progresistas fueron los Estados. El ciclo de los movimientos sociales terminó abruptamente. La captura de la renta vinculada a los recursos naturales hizo de éstos actores sustanciales para la distribución, negociación y limitación de los grupos económicos. Los partidos o espacios políticos que condujeron a la presidencia a Correa, Chávez, Kirchner y –en menor medida Morales y Lula- se caracterizaron por coaliciones o agregaciones políticas débiles con poca capacidad para controlar el territorio y establecer formas de sucesión legítimas y reconocidas para las sustituciones de los presidentes luego de la finalización del mandato constitucional. La

¹ En el prólogo del libro de Emir Sader, *El nuevo topo: los caminos de la izquierda latinoamericana*

construcción de un liderazgo alternativo no fue opción de la mayoría de los presidentes. Salvo casos muy conocidos: Dilma Rousseff por decisión expresa de Lula, y Chávez por Maduro ante su situación personal. En otros casos, la situación electoral obligó a los presidentes a aceptar candidatos que no integraban su universo más próximo. Cristina Fernández y Rafael Correa podrían considerarse en esta línea de acción, pero con una diferencia. El conflicto entre la ex presidenta argentina y el candidato Daniel Scioli asumió dimensiones que todavía no se ven en Ecuador. El apoyo a Lenín Moreno podría encuadrarse en la decisión de un candidato moderado, con gran respaldo, sin grandes conflictos ni tensiones con el actual Presidente. Cuestión que ayudaría a mantener el poder por parte de la Revolución Ciudadana.

Uno de los grandes enemigos de estos gobiernos fue la globalización y su presión tanto en lo relacionado con los recursos naturales, como con la presión cultural –en relación al consumo y sus expectativas- en los mercados. La economía internacional si bien fue articulada por algún tiempo por los gobiernos progresistas, la crisis global y la caída de los *commodities* impactaron en los Estados. La globalización presionó por todos lados: bajada de precios internacionales de las materias primas y exigencia por mantener los niveles de consumo que se fue volviendo un problema con una clase media que vinculó bienestar con consumo masivo. La estimulación del mismo –como forma de integración social- benefició a diversos actores económicos y “metió” a la globalización cultural en los mercados nacionales. El progresismo debió convivir con su propia e inevitable acechanza y erosión. Actores económicos, clases medias y sectores populares decidieron mantener su “rentabilidad” material y muchas veces se enfrentaron a los gobiernos cuando sus vidas cotidianas fueron imaginadas como una zona de turbulencia. La globalización *per se* introduce una fragilidad inherente al proceso político que cada vez –en tiempos de crisis- necesita de mayores recursos políticos y económicos para construir seguridades.

Tanto exportadores de recursos naturales, importadores, clases medias y populares se vieron beneficiadas cuando los *commodities* fueron altos, cuando estos cayeron la capacidad económica del Estado se debilitó o se reconfiguró. Pero no solo impacto en la estatalidad, sino en los exportadores que exigían modificaciones en el tipo de cambio y la presión de los importadores por reducir regulaciones a la entrada de mercancías y servicios. A su vez, el empresariado local –en su mayoría con fuerte concentración y transnacionalizado- modificó su relación con los gobiernos y exigió mantener sus beneficios. Mientras tanto el Estado buscó capturar más renta y proteger a las medianas y pequeñas industrias o emprendimientos que mantienen alta concentración del empleo urbano. Esta redefinición del Estado fue percibida, interpretada y narrada como intervención en la vida individual reactualizándose las culturas políticas liberales que atraviesan nuestros países. Cuando la mirada del consumidor se posa sobre el Estado reclamándole continuar con su aspiración, el Estado deja de ser la realización del bien general para convertirse en un obstáculo a su vida. Esto fue muy bien interpretado por los grupos económicos y mediáticos que entendieron que sus intereses no eran o no son

viables con los gobiernos progresistas. Articularon sus intereses con los del ciudadano individual. De alguna manera, construyeron una lectura hegemónica de la acción estatal ante la crisis. Esa es la mirada que aparece en las elecciones y que es utilizada por los partidos opositores. Por ello, es central colocar la reflexión en estos procesos y en la articulación política que estos actores realizan.

Los partidos opositores que observamos en la mayoría de los países que transitaron o transitan por el universo progresista son en su mayoría nuevas expresiones (PRO – Argentina-; MUD –Venezuela-; CREO/SUMA -Ecuador –; Unidad Demócrata – Bolivia-). La crisis del neoliberalismo puso en duda las lealtades anteriores y residueñó el lazo político. Se erigieron derechas que ya no debían hacerse cargo de la cruzada contra el bloque soviético y que apelaron a un discurso ideológico con registros diferentes a los utilizados en el siglo XX. Sortearon los grandes relatos y teorías y se dirigieron a los núcleos de la subjetividad posmoderna. Sus miedos actuales: inseguridad, reducción del consumo, avance del Estado sobre la vida, inestabilidad, etc. La disputa se localizó en el territorio interno del electorado y de las expectativas ciudadanas. Ese es el territorio en que partidos y grupos dominantes en Argentina, Brasil, Venezuela, Ecuador y Bolivia intentan sacar provecho. Es decir, hacen política con las condiciones subjetivas de los electores y con la reactualización de sus culturas políticas. El mercado –y el liberalismo económico- están en el centro de cualquier pacto político y, hasta ahora, se ha demostrado que prescindir de éste o de parte de sus lógicas insume profundas energías estatales y políticas de los gobiernos progresistas.

Mientras los grandes grupos económicos vinculados a la exportación e importación presionan sobre los Estados por mantener o ampliar sus cuotas de rentabilidad, los grupos mediáticos –además de inscribirse en la lógica económica- se han transformado en “grandes intérpretes” de lo real. Han desplazado la tradición del intelectual del siglo XX y han capturado ese saber para su propia maquinaria. Todos los intentos de los gobiernos progresistas por establecer medios afines (véase Argentina y Venezuela) o por recrear el modelo de intelectual comprometido del siglo XX fueron desarticulados por los medios concentrados. A ese modelo intelectual se le ha ofrecido el experto. Alguien –que como las derechas- carece de un saber más técnico que político.

La recuperación estatal ha barrido de la escena el peso de las ONG’s. Si todavía algunas buscan formar opinión y cuadros políticos (USAID, etc.), la novedad de las derechas es su manifestación política. En estos años, pese a su imagen desideologizada hay una profunda politización y territorialización de la derecha. Formas de voluntariado y de reconstrucción flexible de lazos políticos han permitido el reclutamiento de sectores ciudadanos a las filas de las derechas neoconservadoras. A su vez, la presencia de CEOs o empresarios han comenzado integrar visiblemente estos espacios. Se produce una articulación entre nuevos y viejos políticos con empresarios o ejecutivos de empresas conformando una alianza social.

III. Reconfiguración de las expectativas sociales

La crisis internacional y la necesidad del Estado de capturar mayores rentas para garantizar políticas sociales en un contexto de reducción de precios de los *commodities* reorientaron las expectativas. La *pax social* hasta 2008 permitió el crecimiento de la mayoría de los actores sociales y económicos. A partir de este año, los intereses económicos de diversos actores presionaron al Estado para mantener su rentabilidad y sortear políticas de regulaciones (ver conflicto con empresas del agro en Argentina; con importadores en Venezuela, etc.). Las propuestas anti-cíclicas tuvieron un impacto inmediato en las clases medias y en el consumo: percibieron que en la pugna de intereses el Estado interrumpía su lógica aspiracional. Como dijimos en el punto anterior, el consumo vinculado a la integración y al bienestar social se rompió y los intereses se particularizaron e individualizaron intensamente, sobre todo, en las zonas urbanas. Muchos ciudadanos comenzaron a percibir las políticas públicas ya no como acciones dirigidas al bien general, sino como una ruptura o imposición de su propio progreso. Las clases medias comenzaron a ser interpeladas por un discurso liberal y anti estatal que podía “explicar su situación”. Inclusive, los propios sectores sociales que los gobiernos progresistas revitalizaron comenzaron a manifestar sus críticas a una situación que los ponía ante la posibilidad de resquebrajar su ascenso. La economía y la lógica del mercado comenzaron a impactar en la política de una manera intensa.

Las transformaciones que introducen la crisis internacional fueron más rápidas y decididas de lo que pudo ser captado por el universo político progresista. En la mayoría de los gobiernos se consolidó una mirada desde el Estado perdiéndose esta multiplicación de intereses. Muchos de estos no fueron interpretados ni representados. La dinámica económica y los impactos en la vida cotidiana fueron demostrando que los reclamos de estos sectores medios e inclusive populares parecían desconocer los esfuerzos de los gobiernos progresistas por mantener el vínculo consumo-integración-bienestar. El desconcierto llevó muchas veces a impugnar las clases medias y a moralizar un individualismo propio de la época y que se expresaría ante crisis que impacten en sus seguridades. Pero existe algo inherente a la posmodernidad que desgasta el momento de lo colectivo y de lo público, inclusive existe algo que podemos denominar “memoria líquida”. Fenómeno interesante que des-historiza las biografías e inclusive se tensionan con la historia.

Sectores de las clases medias argentinas y venezolanas emergieron contra un Estado que los había cobijado en tiempos anteriores al impacto de la crisis. Inclusive, se sumaron parte de los sectores populares donde el reclamo no solo se organizó en torno al consumo, sino en torno a otros servicios urbanos de gran importancia (transporte, seguridad, etc.). La lealtad y adhesión política fue mutando y creció la adhesión a propuestas que dividían el campo entre una política que interfería en la vida y que solo buscaba sus objetivos a través del conflicto y una propuesta post-política solo interesada por lo privado. La imagen del “timbrado” inaugurada por Durán Barba en Argentina da

cuenta de la rebelión de lo privado sobre lo público. Estamos en épocas donde un conjunto considerable de la población optará por proyectos que reivindican la existencia de sociedades desiguales. El bienestar social es una ética del progresismo, pero no es una condición para la subjetividad posmoderna. Allí entraron los planteos neoconservadores con una sutil reivindicación de la diferencia y la asimetría entre sectores sociales.

El pacto social entre gobiernos progresistas y clases medias se fue erosionando y las adhesiones partieron hacia opciones neoconservadoras. Argentina, Venezuela y Brasil son claros ejemplos de una migración de sectores, votos y expectativas a opciones de derecha. “Una sociedad desigual es posible”, podría rezar el dictum conservador con un dato interesante: la obtención de legitimidad social a una cuestión que resultaría moralmente reprobable para el progresismo. Clases medias y sectores populares comenzaron a apoyar opciones “seguras” que los reinserten en el consumo pero también en una seguridad “distorsionada” por la pugna política entre actores. El neoconservadurismo apela a cierto ordenancismo que interpela de manera muy aguda a los temores sociales de la posmodernidad: a la inseguridad y a la soledad.

A su vez, el pacto entre líderes y los ciudadanos fue mutando. Las expectativas fueron girando de centro por parte de estos últimos. Dejaron de “mirar” la política para “mirar” al mercado. Este cambio profundo de mirada y expectativa va debilitando ese vínculo entre líderes y ciudadanos, no solo construido a través de amplios beneficios sociales sino de una retórica identitaria con diversas intensidades. La recurrencia a la “historicidad”, a lo histórico propiamente dicho, coloca a los líderes progresistas en tradiciones discursivas que mantienen un lazo profundo con el siglo XX (peronismo, socialismo, etc.). Su retórica parece hiper politizada para estos tiempos y se incorpora como parte de la “zona de turbulencia” que se suscita con la crisis económica. Salvo casos a destacar como el evismo y el correísmo que mantienen registros discursivos de otro tono. Uno, más cerca del universo indígena y otro, del orbe liberal radical del siglo XIX. Esto los protege relativamente de una retórica hiper politizadora que “sortea” el mundo privado. Las derechas están ahí, para recordar que lo privado existe y que pueden representar su ‘rebelión’, como buscan representar los intereses particulares también, inclusive por cualquier idea de lo colectivo.

En los últimos años se están redefiniendo los vínculos políticos y los pactos sociales lo cual coloca a los gobiernos progresistas ante el desafío de leer esas redefiniciones, las presiones culturales de la globalización y los modos en que debería controlarse el poder en el futuro.

IV. Discurso y comunicación política en el siglo XXI

- La nueva izquierda en su ascenso al poder puso en evidencia algunas de las tensiones fundamentales que componen el entramado social. El signo de los procesos de cambio fue la politización de la desigualdad. El correlato discursivo que acompañó este proceso fue la confrontación con el modelo económico neoliberal en el contexto de agudización de sus efectos sociales. En cada país, los procesos de cambio se construyeron como identidad política desde el anti-neoliberalismo.
- Este relato de confrontación, efectivo para movilizar adhesión electoral al menos hasta 2009, comenzó a mostrar signos de agotamiento cuando las condiciones sociales comenzaron a cambiar. Las sociedades del siglo XXI no son las de fines de siglo XX.
- El cambio social se organiza en torno a dos fenómenos:
 1. Una fuerte expansión de las clases medias cuya lógica aspiracional gira en torno al consumo. Amplios sectores de la sociedad al tener (o creer) garantizadas sus condiciones de vida material vuelcan sus expectativas políticas hacia otros campos, se van configurando nuevos valores que van haciendo mella en las subjetividades. Comienzan a ser relevantes cuestiones como la autoexpresión individual (meditación, budismo, bienestar personal), cuidado y defensa del medio ambiente, organización en defensa de los animales, etc. La derecha es muy precisa en la radiografía social y organiza su estrategia comunicacional en función del diagnóstico social.
 2. La incorporación a la vida política de sectores juveniles que no se sienten interpelados por la retórica discursiva de los procesos de cambio es un rasgo común en este cambio social. De alguna manera viven una vida “más liviana”, no transitaron en primera persona los efectos de las crisis neoliberales. Este segmento de la población es uno de los mayores desafíos en términos electorales para los gobiernos de izquierda. Por citar un ejemplo, esto es cierto incluso en el caso de Argentina, donde si bien el kirchnerismo alcanzó cierta efectividad en organizar y convocar a la vida política a una porción de los jóvenes a partir de 2011, el mito de que “los jóvenes son k” se ve cuestionado si se miran con detalle datos de imagen del presidente Macri al mes de febrero, quien tiene 55% de aprobación en el segmento de 16 a 30 años, de los cuales un 40% responde que su aprobación se debe a que “representa un cambio respecto al kirchnerismo”.
- A este escenario de cambio social se suman condiciones políticas y económicas desfavorables para los gobiernos revolucionarios. Nuestros gobiernos se encuentran atravesando una fase de desgaste (tanto político, por problemas como la sucesión presidencial, como económico, por el freno al ciclo de expansión).
- En términos de comunicación política no se trata sólo de “tener razón”, sino de

ser capaces de amplificar un discurso efectivo para movilizar las expectativas electorales.

- El relato de oposición al pasado neoliberal está centrado en demasía en la exhibición de los logros económicos y sociales de los últimos años. Pero estos no son percibidos por los ciudadanos como cuestiones en disputa sino como conquistas alcanzadas.
- Al subir el “piso” de expectativas en la sociedad y transformarse los intereses, las estrategias discursivas que profundizan la polarización no son suficientes para convencer a la mayoría del electorado y dan cuenta de cierto desacoplamiento entre los gobiernos y los problemas cotidianos e intereses de algunos sectores sociales. Si bien el núcleo de apoyo sólido es significativo en la mayoría de los procesos, perder una pequeña porción del electorado puede ser determinante como lo mostró el caso argentino y venezolano.
- Votar a la derecha no es un signo de ingratitud de los electores sino la evidencia de que los intereses sociales se reacomodan permanentemente y que en el actual contexto la hiper-politización no está siendo efectiva en términos electorales.
- En la actualidad frente a cierto desfasaje discursivo de los gobiernos de izquierda, la derecha está siendo más exitosa en términos comunicacionales.
- En el siglo XXI, la derecha apela a nociones como la “unidad” y al “cambio” logrando constituirlos en valores en sí mismos, aun cuando presentan un alto grado de indefinición programática.
- Frente a la polarización social que proponen los discursos de los gobiernos revolucionarios, la derecha propone un idílico proyecto en el que todos estaríamos “unidos” en pos de un supuesto bien común, intentando diluir la idea de que el conflicto es inherente a la política.
- Por eso, su discurso se ancla en elementos de la *antipolítica*. Desde este punto de vista, la vida social podría dirimirse y encauzarse mediante el consenso y el diálogo, apareciendo lo político desprovisto del conflicto que es su esencia constituyente. Emulando la promesa europea de fines de la década del noventa de un mundo sin política, el “cambio” viene a representar ese idílico camino hacia una sociedad de iguales cuya promesa es la de volver a las aguas calmas de la “unidad”.
- Aun cuando esta pretendida unidad invisibiliza las fracturas sociales y las múltiples tensiones que configuran la sociedad, cuela en una estructura argumental que atribuye y responsabiliza a los procesos de cambio de las “grietas sociales” de base ideológico-políticas, aunque éstas sean fruto de un radical proceso de transferencia de ingresos interclases.
- Este discurso de unidad, de paz y de consenso contrasta con las reiteradas alusiones de un discurso oficial “belicista” -metafóricamente hablando- a la

“guerra”, al “ataque”, el “combate”, la “resistencia”, la “lucha”, etc.

- Frente a ello la derecha se presenta encarnando la utopía de una democracia de consenso.
- Esta matriz discursiva es extremadamente efectiva en un contexto social de bienestar donde las mayorías sociales no perciben en lo inmediato una amenaza concreta a sus condiciones materiales de existencia. Los efectos de la restricción externa aún no ha llegado al círculo íntimo de los individuos por más que exista un esfuerzo en “concientizar” en este sentido a la población.
- En este escenario es preciso trabajar fuertemente en dos planos:
 1. Táctico: en el corto-medio plazo hay que afrontar los escenarios de disputa electoral. Es preciso una radiografía exhaustiva de los intereses sociales en los distintos segmentos de la población actualizando el perfil sociológico de nuestras poblaciones y sobre ello diseñar una estrategia comunicacional más efectiva. Para ello será necesario buscar estrategias comunicaciones más inclusivas y que muestren cierta capacidad de autocrítica para ir rompiendo la asociación de la estética revolucionaria con la polarización o con un pasado de confrontación con el neoliberalismo que si bien es reciente en términos históricos aparece muy lejano y estático en términos de las nuevas expectativas sociales. El desafío comunicacional es desplazar el eje de la confrontación “pasado neoliberal” vs. “presente de redistribución” proponiendo nuevas confrontaciones superadoras que permitan a la izquierda reapropiarse de las ideas de “cambio”, “unidad” y “futuro”.
 2. Estratégico: la construcción de identidades políticas es un proceso de largo plazo. Influir en la conformación de subjetividades sociales es un desafío de largo aliento en el cual hay que reformular el horizonte de expectativas en torno a qué modelo de sociedad se aspira desde los procesos de cambio. La gran paradoja del cambio de época latinoamericano es que asientan la razón de ser de sus modelos económicos en la expansión del consumo. La lógica del consumo fue la base para la gran movilización social ascendente característica del cambio de época. La fuerza de esta lógica aspiracional conlleva la conformación de un ciudadano-consumidor individual cuyo comportamiento electoral no siempre es compatible con el discurso y aspiraciones de los procesos de cambio. Es posible que este comportamiento se oriente a privilegiar opciones políticas que prometan saciar su propia invidualidad y diferenciación. Esta defensa del “derecho individual de consumo” se enfrenta con los imaginarios de las políticas que le permitieron gozar de su condición actual. En momentos de turbulencias económicas, esta subjetividad puede ser expresada por opciones de derecha, cada vez más preocupada por la rebelión de “lo privado” y representada en una discursividad de lo cotidiano que evade e impugna los grandes relatos

hiperideologizados. Este fenómeno es transversal a los sectores socioeconómicos. No son sólo las clases medias quienes se vuelcan electoralmente a estas opciones, sino que el imaginario construido en torno a las promesas de cambio, unidad, garantías de consumo individual permean también las aspiraciones de los sectores populares. Es preciso tener claridad de cómo se reconfiguró la sociedad, cuál es el sujeto al que hay que interpelar desde la comunicación política, fundamentalmente de la porción del electorado que está en disputa con las opciones de derecha. Las derrotas no se explican en que “el electorado se derechizó”; el núcleo duro de la derecha es más bien reducido si se lo compara con el de los procesos de cambio, aun en momentos de desgaste. Sino que esta porción fluctuante de ciudadanos-consumidores resulta determinante para inclinar la balanza, como lo están mostrando las recientes victorias de la derecha en Argentina, Venezuela y Bolivia.

V. Una proyección del futuro de los procesos de cambio: recomendaciones para mantener la adhesión popular

La crisis económica mundial es sistémica. No se resuelve a base de parches. No. La economía funciona mal desde sus propios cimientos. Su falla es orgánica. Luego de casi una década, se vuelve a admitir que la economía mundial no está saneada. El reciente derrumbe generalizado en las cotizaciones que afectó a los centros financieros de Europa ha sido una muestra más de que la economía capitalista global no progresa adecuadamente. En esta ocasión, no se puede echar toda la culpa a China, ni a los emergentes, ni tampoco a Grecia ni al sur europeo. La gran banca de la Unión Europea muestra nuevamente síntomas de debilidad. El mismísimo ministro de finanzas alemán, Wolfgang Schäuble, argumenta lo siguiente: “hay cierto punto de exageración en los mercados”. Lo que antes era una respuesta de los mercados frente a aquello que no les gusta (véase China, Grecia, España); hoy en día, se torna una exagerada advertencia de los mercados por el futuro de la economía mundial. En clave global, en menos de un año, las bolsas mundiales han visto reducida su capitalización en un valor equivalente al PIB de la eurozona.

Los vasos comunicantes entre las finanzas y la economía real son muy compactos. Desde el inicio de la época neoliberal, la financiarización impuso una relación ultra dependiente entre un ámbito y otro. Es imposible desligar lo uno de lo otro. La economía no crecerá sostenidamente si no se transforma el andamiaje financiero que la sustenta, y que la subordina. Los inversores buscan la máxima rentabilidad en el menor corto tiempo posible. Las tasas de productividad de la economía real, ni siquiera en el sector tecnológico, no son suficientemente altas para saciar el apetito de los nuevos flujos de capitales. Así que el capital financiero va y viene sin asentarse en ningún lugar. El mundo actual globalizado le facilita maximizar su condición de nómada. Eso

condiciona severamente las posibilidades de estabilidad en el crecimiento real de la economía. El capital se ha mal acostumbrado tanto que se le han quitado las ganas de invertir para producir. La globalización ha transformado al capital, haciéndolo más rentista. Prefiere vivir de especular sobre valores futuros y derivados. Y le sigue dando la espalda a la economía real.

Se impone por el momento la hipótesis de Larry Summers (ex secretario del Tesoro de los Estados Unidos y ex Economista Jefe del Banco Mundial): estamos instalados en un estancamiento secular (*secular stagnation*). ¿Qué significa esto? Algo muy simple: se ha llegado a un punto de la economía mundial capitalista, en el que el potencial de crecimiento es demasiado bajo, y solo se podría salir adelante mediante burbujas especulativas (punto.com, inmobiliaria, bancaria).

Luego del año 2007-08, después del pinchazo de la última gran burbuja, las diversas salidas han resultado fallidas, o insuficientes para hacer crecer a la economía mundial en forma sostenida. Ninguno de los intentos ha resultado fructífero como tractor económico. Ni la política expansiva monetaria en Estados Unidos (mucho menos la política dubitativa del Banco Central Europea) ha logrado crear condiciones para una tasa de crecimiento estable. Buena parte del dinero emitido ha sido más utilizado para recomprar vieja deuda, y no para inyectar inversiones reales en la economía. Sigue imponiéndose la lógica especulativa. Por ejemplo, en estos últimos años, se observa nuevamente una cantidad considerable de deuda problemática por préstamos concedidos a empresas energéticas, muy golpeadas por la caída del precio del petróleo. El precio del crudo es el soporte del valor de muchos bonos y créditos corporativos y comienza a sentirse el azote de su caída en todas las esferas económicas.

Por otra parte, los tipos de cambio se han convertido en una mercancía más, transada en el mercado cambiario de Londres (véase el mercado Swift). La guerra de divisas es un negocio en sí mismo que impide buscar soluciones cambiarias para reactivar los intercambios comerciales a nivel mundial. Además, el endeudamiento global, sobre todo el privado, es excesivo, y no tiene base material que lo sustente. La movilidad del capital constituye una amenaza para la estabilidad cambiaria de las economías nacionales, que reaccionan aumentando los stocks de reservas internacionales como baterías de defensa ante shocks especulativos. Estos stocks podrían ser destinados a fines mucho más expansivos y multiplicadores si hubiese una mínima coordinación internacional, que hoy ni provee el FMI, ni se ha avanzado lo suficiente a nivel regional para lograr soluciones autóctonas. Así es imposible pensar en un crecimiento económico estable.

En definitiva, las expectativas económicas son desfavorables para este año. Todo indica que estamos en otro capítulo de la Gran Recesión. Los mercados ya no confían ni en ellos mismos. El capital no sabe cómo salir de su propio laberinto para estabilizar la economía global a su antojo, posiblemente porque la estabilidad no es buen negocio

para la economía especulativa. El nuevo orden geopolítico multipolar no se corresponde por el momento con la creciente concentración del capital mundial. Este pulso es indudablemente más determinante de lo que la economía tradicional arguye.

En este marco, nuestros procesos democráticos y populares se enfrentan al desafío de navegar en estas aguas inciertas de la economía global y, a su vez, lograr el objetivo de mantener el apoyo popular que permitirá consolidar las transformaciones iniciadas. Con este objetivo, nuestra agenda de políticas debe dar saltos innovadores, enfrentar el mar de fondo acelerando motores y con este propósito a continuación se esbozan algunos de los caminos por los que podría avanzarse en este nuevo ciclo en disputa.

- El eje pos-neoliberal en América latina ha logrado consolidar en gran medida un importante músculo social gracias en gran medida a la recuperación de la soberanía en los sectores estratégicos. Es éste uno de los rasgos característicos del cambio de época en lo económico en países como Venezuela, Bolivia, Ecuador, Argentina. Esto no solo tiene importancia desde el punto de vista de la justicia social y de la democracia, sino que también constituye una oportunidad económica para salir airoso de esta coyuntura tan adversa en el sector externo.
- La inversión social ha logrado realmente crear un nuevo universo económico siempre minusvalorado por el neoliberalismo. La cara económica de lo social es preciso valorarla en su justa medida. No es marginal ni desdeñable que el Estado haya puesto en funcionamiento una maquinaria de políticas públicas inclusivas a favor del área social para una mayoría ciudadana. La centralidad económica de este ciclo histórico de transformaciones pone énfasis en la educación pública, la sanidad pública, los múltiples programas que garantizan derechos sociales, y en todo lo relacionado con la recuperación de soberanía en sectores estratégicos (petrolero, energético, eléctrico, telecomunicaciones). Esta nueva matriz de políticas públicas tiene un sustancioso efecto económico con gran potencial. Esta es una fortaleza para ser usada a la hora de afrontar la restricción externa. Lo interno ha recobrado más importancia ahora que “el país económico” es más amplio, más incluyente. Gracias a la mejora en las condiciones sociales, económicas y laborales, la democratización del consumo en estos procesos ha sido significativa garantizando así una sólida demanda interna. Esta nueva economía que pivota en torno a lo social ha de ser aprovechada como detonador para un salto adelante en lo productivo. Es fundamental considerar este eje como el más pragmático frente a la presión neoliberal que aconseja ajustes presupuestarios para acomodarse a la caída de los precios del petróleo o de otros *commodities*. Centrar la política económica en cambiar la matriz productiva a favor de una nueva oferta interna con capacidad para satisfacer la demanda interna es cuestión imprescindible. En este sentido, también cabe planificar una oferta supranacional, a nivel regional, poniéndose de acuerdo entre los países

amigos para conjuntamente repensar cómo realizar la gran transformación productiva latinoamericana.

- Pero lo productivo no sólo ha de responder al consumo privado de bienes, sino también se debe rediseñar la política de compras públicas para desatar fuerzas productivas que respondan a las exigencias de la nueva política económica en lo social.
- A esta vía interna hay que añadir también el aspecto tributario, porque es posiblemente el camino más confiable para compensar la caída de los ingresos públicos por los bajos precios del petróleo. La soberanía tributaria se erige en estos tiempos en la senda más sostenible para hacer irreversible todo lo logrado en lo social. Hay margen de maniobra suficiente para recaudar más fondos públicos bajo principios de justicia social. Una política de tolerancia cero contra la evasión fiscal, así como medidas que eviten la salida ilegal de riqueza, se hace cada vez más indispensable. Es el momento de introducir una nueva matriz tributaria, con capacidad de recaudación, respetando la justicia social, pero también incentivando a una nueva etapa productiva de la economía. Se podrían implementar impuestos al gran patrimonio, especialmente para aquellos que no son productivos.
- Se precisa, además, una revisión de la regulación de la inversión extranjera directa para que los dividendos no sean repatriados en su totalidad hacia las casas matrices. Más bien, hay que buscar las fórmulas para que la ganancia generada dentro de casa se vuelva a reintegrar en el orden económico interno.
- En el plano regional, el SUCRE es sin duda una herramienta valiosa, con gran potencialidad, y vital para este momento de dificultad. Debemos usar en estos momentos los diferentes mecanismos a los que tenemos acceso para evitar la escasez de dólares que limita el ritmo de importación necesaria para el país. Es necesario reactivar un plan especial Sucre. Existen grandes posibilidades en este asunto con impacto inmediato positivo. Hay que entonces afrontar una nueva era del SUCRE para desdolarizar (no pasar por el dólar) las necesidades de importaciones de nuestros países. El SUCRE ha de ser un sistema más efectivo como: a) nuevo ahorrador de divisas, b) impulsor de políticas contra cíclicas ante la caída de la demanda mundial por crisis, c) estabilizador del valor de las monedas locales, ante la mayor capacidad de ahorro de las divisas provenientes de las exportaciones tradicionales.
- En este mismo marco regional, sería interesante dar pasos al frente para reapropiarse de la agenda económica mundial. En este sentido, se debería impulsar la creación de una Agencia Latinoamericana de Calificación de Riesgo. El objetivo de esta idea es dotarse de una herramienta real para confrontar una

de las nuevas armas de destrucción masiva que utiliza el capitalismo global para golpear a los estados soberanos, a sus democracias y a sus economías. Hasta el momento son tres empresas privadas las que monopolizan la posibilidad de evaluar cualquier deuda, pública o privada, otorgándole una nota que hace considerarla riesgosa o no, y por tanto, fija los intereses a pagar a la hora de colocarla en los mercados financieros. En otras palabras, son únicamente Moody's, Standard & Poor's y Fitch quienes pueden decir si una deuda pública de un país latinoamericano posee alto riesgo o no de ser impagada, poniéndole desde la máxima nota a la peor. Permitir que los capitales privados, quienes a la vez tienen intereses particulares en esa misma evaluación, sean aquellos que puedan considerar que un país está en colapso o default es verdaderamente un atropello a la soberanía que no debería admitirse. Este es un colmo más del neoliberalismo: la privatización de la actividad de impartir justicia en el ámbito financiero. Por ello, es necesario tener una respuesta certera en este punto.

- Y en este contexto internacional adverso, la pregunta es: ¿cómo sortear la restricción externa? La pregunta no es nueva, ni tampoco su respuesta: es fundamental mirar hacia dentro para relacionarse en forma soberana e independiente afuera ante esta situación externa complicada. Es necesario repensar la vía interna. Se trata de traer al siglo XXI aquellas viejas discusiones económicas de la segunda mitad del siglo XX acerca de la sustitución de importaciones y exportaciones. Aunque la idea no es trasladarlas en el tiempo, sino más bien se requiere actualizarlas y adaptarlas a este nuevo mundo económico financiarizado, basado en un sistema de fragmentación geográfica de la producción mundial (en su etapa pos fordista), cada vez más interdependiente y en plena transición geoeconómica. La crisis externa requiere de una salida económica interna. La presión desde afuera fuerza a elegir un camino. El punto de bifurcación está a la vuelta de la esquina. Hay que decidir si la restricción externa se convierte en restricción interna o, si por el contrario, se aprovecha esta circunstancia adversa para avanzar adelante en el camino de la independencia económica con justicia social.
- El cierre del 2015 presentó un escenario complejo para los gobiernos nacional-populares y los gobiernos progresistas de la región tras las derrotas electorales del kirchnerismo en Argentina, del chavismo en las legislativas venezolanas y la derrota, por escaso margen, del oficialismo en el referéndum de Bolivia por la re-postulación de la fórmula Morales-Linera. Se trata de derrotas en tres tipos de elección diferentes y con particularidades según cada caso nacional, no obstante lo cual, deben analizarse en conjunto pues en el imaginario simbólico operan como el comienzo del fin del ciclo progresista en América Latina y arrojan lecciones relevantes para las próximas elecciones municipales en Brasil (octubre 2016), presidenciales, legislativas y municipales en Nicaragua (2016),

presidencial en Ecuador (febrero 2017) y legislativas en Argentina (octubre 2017). Las derrotas electorales acontecidas recientemente y las fuertes dificultades políticas que atraviesan los gobiernos progresistas, como el brasilero y el venezolano, ponen sobre el tapete la urgencia de reflexionar sobre lo logrado y tomar nota de los errores y desafíos pendientes poder salir exitosamente de este escenario complejo. De las acciones que los gobiernos y sectores progresistas tomen a partir de ahora, y de la capacidad de los procesos de cambio golpeados electoralmente para recuperar los espacios de poder perdidos dependerá el futuro del ciclo revolucionario en la región. Claro está que hay circunstancias externas -precio de los *commodities*, intensidad de la embestida de EEUU sobre la región, poder de atracción del bloque de la Alianza del Pacífico y del TTIP-; sin embargo, la capacidad de nuestras fuerzas para no perder/ganar terreno será clave en estos meses.

- El capital no se extingue ni desaparece con facilidad, se mimetiza y adapta a las nuevas situaciones. Son múltiples las formas que tiene el neoliberalismo para hacer perdurar sus intereses en la economía a pesar de que la política desee tomar un rumbo diferente. A esto Mézáros, en su libro *Más allá del Capital*, le llama “el sistema del capital poscapitalista”. El capitalismo no se va de casa tan fácilmente aunque le indiques la salida. Se queda, se reinventa y se reacomoda. El *rentismo importador* es una demostración fehaciente de cómo el capitalismo responde para satisfacer la creciente demanda interna. El sector privado se injerta en el nuevo orden económico disputando buena parte de la renta (recuperada soberanamente) con una actividad económica importadora, ociosa y especulativa, improductiva, que ha usado excesivas divisas que se fueron fugando sin ningún retorno para el desarrollo interno. Así se generan círculos viciosos de la renta, que originan nuevas dificultades adentro de cada proceso. Véase el caso venezolano, pero también, aunque en menor medida el ecuatoriano.
- Movimientos y organizaciones sociales: El apoyo de los movimientos y organizaciones sociales será fundamental para sostener nuestros gobiernos en tanto su acompañamiento y capacidad de movilización son imprescindibles para reafirmar el rumbo progresista de las políticas revolucionarias. Sin embargo, como estrategia de construcción política no alcanza solamente con estas formas de reconocimiento y participación, como se ha demostrado en el caso de Argentina. El caso brasilero es paradigmático al respecto, en tanto ha sido el respaldo a la institucionalidad de los movimientos sociales (MST, CUT, etc.) uno de los factores más importantes a la hora de frenar los intentos de *impeachment* contra Rousseff. Asimismo, estas fuerzas sociales configuran un importante freno a las equivocadas políticas de desarrollo económico y equilibrio fiscal -asentadas en el ajuste- que la Hacienda brasilera busca implementar. Y que, de hacerlo -más o menos aceleradamente- supondrán el fin

del apoyo de las bases que han sustentado históricamente a los gobiernos del PT y una embestida mucho más fuerte y eficaz de la derecha. Los movimientos sociales de la región han sido un pilar fundamental de nuestros procesos, pero en la medida en que la crisis económica tuerza la vocación progresista de las políticas de gobierno se irán distanciando y configurando espacios de crítica cada vez más abierta y también de oposición.

- Las clases medias: nuestros gobiernos han ampliado de manera contundente la clase media. Los casos de Argentina, Brasil, Ecuador, Bolivia y Venezuela son paradigmáticos al respecto. El problema es que buena parte de esos ciudadanos que han visto mejorar sustancialmente su calidad de vida son indiferentes y hasta opositores a los gobiernos que les han permitido tal acceso. Una de las lecciones que han arrojado las derrotas recientes es que no hay que suponer el voto agradecido. Por el contrario, buena parte de ese progreso de y hacia la clase media se ha basado en el acceso al consumo -igual que las mejoras en los sectores populares, parte de los cuales no han dado su voto al kirchnerismo ni al chavismo, por ejemplo-. Y el consumo es un hábito y una aspiración que no tiene límites, además de que favorece el individualismo. En la medida en que estos sectores beneficiados estén convencidos de que nuestros gobiernos no tienen más para ofrecer, que esa posibilidad vendrá con un “cambio” de gobierno, y que no se promueva con más vehemencia desde el Estado el espacio público como ámbito aglutinador de distintas clases sociales y como mecanismo de cohesión social (escuela pública, salud pública, mercados comunitarios, etc), la batalla tendrá un resultado incierto. La inclusión vía consumo como mecanismo casi exclusivo fomenta una mentalidad mercantilista, meritocrática - en el sentido antisolidario del término-, cuya preeminencia se ajusta al discurso de la derecha y, por ende, tiende electoralmente a ella.
- Ciudadanía “neutra”: Es preciso recuperar el apoyo de los sectores que apoyaron en los inicios a las revoluciones y que hoy no lo hacen, aunque tampoco apoyan a la derecha. También es imprescindible politizar y conseguir el apoyo de la juventud, pieza clave del relevo y la continuidad de nuestros gobiernos de cara al ciclo largo progresista. La estrategia que permitió a muchos de los gobiernos progresistas acceder al poder, estuvo sustentada en el apoyo de las grandes mayorías sociales con un discurso que diferenciaba a los que recién llegaban de la partidocracia que se había repartido el poder en cada uno de nuestros países. La estrategia se mostró efectiva para llegar al poder por la vía democrática, sin embargo, el ejercicio de poder y el mantenimiento de una política de gran confrontación ha hecho que la polarización política esté aumentando en nuestros países, llegando a una fase de desgaste. El “conmigo o contra mí” ha podido ser útil para el acceso al poder, pero para el ejercicio del poder sostenido en el tiempo hay que desarrollar estrategias de menor confrontación, no queriendo decir con esto que se pierdan los horizontes revolucionarios o de cambio que con

tanto ímpetu han sido perseguidos durante los últimos años en varios países de nuestra región.

- Recurriendo Lakoff y sus aportes sobre el lenguaje político, el discurso basado en el conflicto, se basa en un principio moral muy arraigado, el de la injusticia, David frente a Goliat, y es un discurso triunfador. Pero cuánto tiempo puede prosperar el apoyo a David si está a cargo del gobierno y Goliat se victimiza exitosamente con el apoyo de los medios. Este discurso caduca y debe comprenderse que el lenguaje del conflicto engendra la cimiento de un lenguaje que lo termina superando, que es el del “padre conciliador”, la moral del Pater Familia que impone la paz entre los hermanos Caín y Abel. Es el discurso que llevó a Macri (promesa de felicidad, gobierno para todos y todas frente al gobierno de los que dividen el país), y el que están explotando las derechas en todo el continente, incluyendo Ecuador, Bolivia y Venezuela. Nuestras revoluciones deben modificar el lenguaje y la Moral sobre la que se basa. No basta con argumentar que no es posible que exista un Padre Conciliador o que el conflicto es inherente a la vida en sociedad, porque el público siempre preferirá este falso Padre Conciliador a la muerte de Abel en manos de Caín, incluso preferirá que el Padre no sea conciliador en absoluto y termine castigando a Caín para que no mate a Abel. Debe hallarse una nueva Moral acompañada de un nuevo lenguaje político para enfrentar el desafío de la Moral del Padre Conciliador. ¿Cuál debe ser esta moral? A nuestro criterio, poner en evidencia que no se trata de un Padre Conciliador sino de un aprovechado, un Padre Injusto que tiene un hijo favorito, que no busca conciliación sino favorecer a este hijo, un falso profeta que miente para llegar al poder y aprovecharse y beneficiar a los suyos, excluyendo a los demás. El nuevo discurso podría apoyarse en la Moral del Padre Responsable (que propone Lakoff) frente al falso Conciliador, que vela por todos los hijos y no solo los suyos, responsable por los demás y que, por lo tanto, procura la igualdad de oportunidades y no oportunidades para los que más tienen, que es responsable e invierte para las generaciones futuras, que utiliza el mercado para que sea útil a la sociedad. Enfrentar la Moral del Padre Conciliador con la Moral del Padre Justo, que no concilia porque sí, sino que atiende a las diferencias, que ante el conflicto de sus hijos, no los manda a hacerse amigos, sino que castiga al aprovechado y protege al desfavorecido y, eso sí, promueve la coordinación y cooperación entre ellos, que es la cooperación entre ricos y pobres, entre empresarios y trabajadores. ¿Una pregunta relevante es si puede cambiar el lenguaje exitosamente si no cambian las personas que lo enuncian? Es nuestra impresión que mientras el discurso no cambie en lo fundamental ni se contradiga con el lenguaje anterior, es factible que el mismo portavoz cambie el discurso, aunque de todos modos, la pregunta planteada sugiere que es conveniente que los cuadros voceros de nuestros procesos revolucionarios se renueven y rejuvenezcan, con el objetivo

de formar nuevos dirigentes capaces de tomar la posta del liderazgo revolucionario.

- Nuevas demandas: Aun cuando los votantes reconozcan la importancia de las políticas públicas implementadas, pesaron más en la opinión pública las críticas al modo de gestión del gobierno y la forma de procesamiento de la conflictividad y a la ausencia de espacios de diálogo e interlocución con algunos sectores específicos. En este contexto, muchas veces desde los gobiernos se han supuesto demandas, o se han generalizado las de un sector al conjunto de la población. Y ello ha generado frustración y distanciamiento respecto de los gobiernos progresistas. El “pueblo” no es una categoría homogénea, ni sus demandas estáticas. Es preciso conocer en profundidad lo que los diferentes sectores de la población están esperando de sus gobernantes, puesto que esas demandas son justamente las que la oposición recoge para situarse como alternativa, aunque ni siquiera aspire a solucionarlas, como es el caso en Argentina. La derecha supo apropiarse del “cambio” como valor ligado a la esperanza y la ilusión, ese es un punto a su favor, a pesar de que nunca definió hacia donde se produciría ese “cambio”.
- La derecha no presenta un modelo alternativo de país (ni siquiera en Argentina donde ya gobierna) y carece (en Venezuela, Bolivia y Ecuador), por el momento, de un liderazgo aglutinador y bien valorado entre la sociedad que pueda proyectarse como Presidente. Sobre esas debilidades hay que trabajar, aunque no debe menospreciarse la amenaza, la derecha puede llegar al poder sin necesidad de mostrar coherencia o un liderazgo aglutinador, para ejemplo tenemos que en 2014 el científico político Ernesto Laclau afirmó “Macri {...} tiene tantas posibilidades de ser Presidente constitucional en la Argentina como yo de ser emperador de Japón”.
- Conflicto entre poderes del Estado: En los próximos años, la dinámica de conflicto y negociación marcará la relación entre el Poder Ejecutivo y el Legislativo, tanto en Venezuela (aunque hay que tener abierta la posibilidad del revocatorio) como en Argentina, mínimo hasta 2017 cuando se celebren las próximas legislativas. Como se ha visto en las últimas semanas, la estrategia de los sectores de derecha en Venezuela ha sido la de contrarrestar cualquier iniciativa del Ejecutivo que apunte a resolver la apremiante situación económica. Mientras que en el caso argentino, Macri se verá obligado a establecer acuerdos y equilibrios con otras fuerzas políticas para impulsar sus iniciativas parlamentarias al no contar con mayoría en ninguna de las cámaras. Hecho que explica la proliferación de Decretos con los cuales ha gobernado en los primeros meses de gestión. En ambos casos, la derecha ahora se enfrenta al desafío de ser gobierno. El revanchismo que caracteriza estos primeros meses puede ser un punto negativo para estos sectores en términos electorales. El castillo de naipes

del “cambio” y la “unidad” puede comenzar a mostrar su fragilidad a medida que la derecha avance en el ejercicio de gobierno y se vea forzada a proponer y a mancharse el fango de la disputa política, tanto desde la presidencia en Argentina como desde la Asamblea en Venezuela.

- La parálisis o retroceso de los procesos de integración regional: en el caso del MERCOSUR, recrudece la disputa interna por redireccionar el organismo regional hacia el espíritu neoliberal que lo caracterizó en su fundación. Uruguay, Paraguay, Brasil, y ahora también Argentina, insisten en flexibilizar las normas para que cada nación avance en acuerdos bilaterales extra-bloque y acelerar así las conversaciones para firmar el tratado de libre comercio con la Unión Europea. Incluso, desde la primera semana al frente del ejecutivo argentino, Macri apoyó fuertemente la idea de la confluencia entre el MERCOSUR y la Alianza del Pacífico, lo cual podría estar sentando las bases para la construcción de un nuevo gran Acuerdo de Libre Comercio de las Américas, esta vez iniciado aparentemente desde el Sur, pero con el beneplácito y la participación activa, entre bastidores de los EEUU. La posibilidad de abrir el Mercosur al mundo traería serias desventajas, principalmente la merma de soberanía para los países miembros del bloque, tomando en cuenta que este tipo de acuerdos comerciales tienen efectos en materia de propiedad intelectual y en las políticas de compras públicas, que terminarían favoreciendo a las grandes transnacionales extra-regionales en detrimento de las pequeñas y medianas empresas locales. También la propia situación económica de algunos países ha hecho primar la política interna sobre la política exterior, y por tanto, dejar de mirar con tanto empeño la integración regional. Es necesario retomar el impulso y comprender que la propia integración es un mecanismo de salida de la crisis económica. Promover la creación de un Fondo del Sur, poner en marcha el Banco del Sur, replicar la iniciativa del SUCRE más allá del ALBA-TCP, una agencia de calificación regional, entidades de resolución de conflictos entre Estados y empresas no gobernada y dirigida por el capital foráneo. Son sólo algunas de las cuestiones que ya están sobre la mesa y que la actual coyuntura ha provocado que se dejen en un segundo plano. La integración es una necesidad imperiosa para el sostenimiento del ciclo progresista en la región.
- Sector Financiero: Nuestros procesos revolucionarios han transformado el *status quo* objetivamente, sin embargo, uno de los sectores cuyos intereses han sido menos desafiados ha sido el financiero, que preserva su poder casi plenamente y está invirtiendo a favor del giro político hacia grupos más permeables a sus intereses. Recuperar la soberanía financiera a través de una Agencia Latinoamericana de Evaluación del Riesgo Financiero y poner el sector financiero al servicio de la producción y el desarrollo nacional deberán ser una de las próximas batallas de los gobiernos progresistas.

- **Diseño de políticas sociales:** El diseño de las políticas sociales debe modificarse ajustándose a las preferencias sociales. Deben privilegiarse aquellos diseños que combinen un bien común con el bien privado del subsidio. Una reforma agraria por ejemplo, combina el bien privado de la propiedad distribuida con el bien común de la producción. La política macroeconómica keynesiana de impulso a la demanda combina igualmente un bien privado con un bien público. Debe tenerse en cuenta que las sociedades en general rechazan los subsidios incondicionales, como el otorgamiento de una vivienda o de alimentos. Este tipo de políticas no genera votantes, no las valoran ni siquiera los receptores que se avergüenzan de ser beneficiarios ni los no receptores que consideran la distribución injusta. Sin embargo, las sociedades valoran los subsidios y apoyos públicos cuando sirven para proteger ante la mala fortuna (ante enfermedades o minusvalías, por ejemplo) o para premiar a los que arriesgan (emprendedores, por ejemplo), o cuando están asociados a la generación de un bien común, como la vacunación, la educación de los hijos o similares. Debe tenerse en cuenta que un porcentaje relevante de pobres (aproximadamente 33% en EEUU) rechazan las políticas de apoyo a los pobres por el solo hecho de serlos, así como un porcentaje elevado de ricos (aprox. ¼ las aprueban). Los valores de nuestra sociedad deben aprovecharse a la hora de diseñar las políticas sociales.
- **Estado:** Otro punto de debate de modelos trata sobre el Estado. El gran debate se produce habitualmente sobre su tamaño. El marco debe cambiarse, pasar a hablar de eficacia del estado en lugar de tamaño. El lema debe ser lograr la eficiencia del Estado para justificar su existencia. Si el dinero del Estado se gasta en servicios públicos, de modo que los ciudadanos se perciban los beneficios de la salud y la educación públicas por ejemplo, habrá menos rechazo al Estado y la tributación y por lo tanto, el discurso de derecha cuajará menos. De otro modo, la ineficiencia del Estado es la cimiento de argumentos para justificar su desmantelamiento.
- **Inflación:** Deben profundizarse los esfuerzos en términos de políticas heterodoxas para enfrentar los procesos inflacionarios. La inflación corroe tanto el poder adquisitivo como el apoyo popular y, por lo tanto, debe ser una prioridad, incluso en Ecuador, donde a pesar de que los registros de inflación son bajos, al tener una economía dolarizada, afecta en forma acumulativa e incorregible la competitividad interna. Existen muchas prácticas exitosas en términos de políticas antiinflacionarias que pueden adaptarse a la realidad de cada país (en Bolivia, Argentina y Brasil por ejemplo).
- **Consumo:** En este cambio de época se avanzó en materia de derechos sociales gracias a todo lo realizado en la esfera pública. Sin embargo, los gobiernos progresistas no pudieron limitar ni desgastar el consumismo y su lógica aspiracional. Paradójicamente, su estrategia de integración social de los más

desfavorecidos fue a través del consumo. Este tipo de inserción plantea el dilema de aceptar la fuerza globalizadora de la cultura del consumo que tiene aspiraciones ilimitadas frente a la limitada restricción externa e interna. Otro dilema que genera este modelo de integración social es que en defensa del “derecho individual de consumo” muchos de los beneficiados por las políticas de integración terminarán rechazando las políticas que les permitieron alcanzar la condición de consumidores. En este marco, la lógica cultural del consumo crea las bases para un votante que apoye órdenes decididamente desiguales. A la izquierda le tocará afrontar esta contradicción propia del proceso de cambio y la clave está en hacerlo creativamente.

VI. Sobre el precio del petróleo

A pesar de la consolidación de las nuevas fuentes energéticas, el petróleo sigue siendo el rey. Este recurso fósil representa un tercio de la matriz energética mundial. Su papel geoeconómico es indiscutible. El siglo XXI se ha caracterizado por un Gran Cambio en este asunto debido fundamentalmente a la recuperación del rol de la OPEP (*Organización de Países Exportadores de Petróleo*) frente a la AIE (Agencia Internacional de la Energía). Los países OPEP fueron paulatinamente recobrando su protagonismo y soberanía en relación a la determinación del precio a nivel internacional. A junio del 2014, el precio por barril alcanzó hasta 115 dólares. Sin embargo, desde ese momento, se ha producido un derrumbe continuado. El año 2015 acabó con un precio por debajo de 40. Su valor alcanza el mínimo de los últimos 11 años.

Son muchos los factores en juego para explicar esta caída tan abrupta. Mucho se dice acerca de que todo se debe a un incremento de la oferta petrolera en este último tiempo. Se han sucedido varios hechos claves en este sentido: 1) aumento de la producción de esquisto en Estados Unidos que se fue aprovechando de la subida pasada de los precios (pasó desde los 5,1 millones de barriles diarios en 2009 hasta los 9,32 millones en los que terminó el año 2014), 2) Arabia Saudí ha sobrepasado la producción de 9 millones de barriles al día, 3) Irak ya está por encima de los 4 millones de barriles al día, y 4) y además, en clave de expectativas, Irán prevé un *aumento* de su *producción petrolera* en 500.000 barriles por día a partir de este año gracias al levantamiento de las sanciones (debido al pacto con Estados Unidos). Es, por tanto, cierto que este incremento de oferta petrolera tiene mucho que ver en el descenso del precio. Sin embargo, no es la única razón de esta situación. El mismo Congreso de Estados Unidos considera que: "el 30% del precio del petróleo se debe a la especulación de los Fondos de Inversión y grandes bancos"; y la consultora Goldman Sachs considera que el impacto de este fenómeno es del 40% en el precio. Esto quiere decir que no todo se debe a un frío cálculo de oferta y demanda, sino que a esta explicación hay que sumarle el interés especulativo de los grandes capitales mundiales en base a claves geopolíticas/geoeconómicas.

Se prevé un leve incremento de la demanda del crudo a nivel internacional. Pero la oferta seguirá creciendo al menos en el corto plazo. No parece fácil imaginar un acuerdo pleno entre los países OPEP para reducir la cuota ofertada. Arabia Saudí no parece querer hacer nada para incrementar los precios a pesar que su record en déficit fiscal (es actualmente del 15% de su PIB). Irán ha anunciado que aumentará sus exportaciones petroleras. Por otro lado, Estados Unidos, con estos precios tan bajos, no podrá mantener la cuota de producción del petróleo de esquisto tal como ha venido ya sucediendo en el año pasado. Un precio tan bajo del petróleo tiene un efecto inmediato en la rentabilidad económica de este tipo de inversiones. Si el precio continúa a la baja, habrá mucha producción que cesará porque no podrán soportar los actuales costes de producción. Nuevamente, el factor tecnológico se convierte en determinante en este asunto para quien quiera sobrevivir a precios tan reducidos.

La guerra del precio del petróleo está servida sobre la mesa. Existen multiplicidad de predicciones. Algunos analistas consideran que el objetivo a largo plazo del reino saudita es mantener bajos los precios para, de esa forma, dejar fuera de mercado a los productores de petróleo no convencional o de esquisto. Si esto fuera así, entonces sí, el precio podría volver a remontar hasta valores impredecibles. La mayoría de estudios internacionales (Westpac, Barclays, Wells Fargo, Unicredit y Société Générale) estiman el valor en un intervalo entre 41-60. Según Goldman Sachs, el año que viene la sobreoferta mundial será de 580.000 barriles diarios; así que los inventarios seguirán llenándose. Moody's cree en su informe petrolero anual que el desequilibrio del mercado petrolero se prolongará hasta más allá de 2016. Lo mismo considera la Agencia Internacional de la Energía.

La ecuación sobre los precios del petróleo no se resuelve en base a la matemática. La (geo)economía política tiene mucho que decir en este asunto. Arabia Saudí e Irán compiten por su posición hegemónica en Oriente Medio. El conflicto en Siria tampoco puede pasar desapercibido en esta discusión. El intento de castigar a Rusia, quien elevó en un 7,5% sus exportaciones de petróleo en 2015, es otro elemento clave para entender lo que pasar  en la evolución de los precios del petróleo. El fin de la prohibición a las ventas del crudo de Estados Unidos fuera del país es otro ingrediente en este gran maremágnum petrolero.

Es complejo hacer predicciones sobre el precio a partir de cuotas de oferta y demanda petrolera teniendo en cuenta que lo que est  en juego son las cuotas de poder geopolítico. Detrás de todo ello, el pulso entre la OPEP y la AIE est  en el centro de la actual batalla geoeconómica en materia petrolera.

VII. América Latina en disputa

América Latina está más en disputa que nunca. En el tramo final del año 2015, ocurrió un suceso muy novedoso para lo que venía siendo el siglo XXI. Por primera vez en los últimos años un gobierno progresista en la región pierde unas elecciones presidenciales. La re-actualización conservadora, de nuevo cuño, con otro vestido, y entendiendo que el escenario político ha cambiado y que por tanto no puede reeditar todas las políticas de los 90', se impuso en Argentina con una gran alianza encabezada por Mauricio Macri. En Venezuela, aunque no se ha perdido el ejecutivo, el pasado 6 de Diciembre la Revolución Bolivariana también sufrió un importante revés electoral en la Asamblea Nacional. Después de una década ganada en muchos países de la región gracias a gobiernos que antepusieron políticas soberanas a favor de la recuperación de sectores estratégicos y políticas económicas redistributivas garantizadoras de derechos sociales, mejorando los niveles de vida en muchas dimensiones (incluida el consumo), después de estos años, se abre una nueva fase de cambios al interior de este cambio de época. Ya no se puede afirmar que la derecha regional opositora no sabe ganar elecciones en lo que va de siglo XXI en aquellos países que optaron por una vía contra hegemónica (Venezuela, Ecuador, Bolivia, Brasil, Argentina). La política efectiva de cambios materiales en las condiciones de vida a favor de la mayoría ha sido insuficiente en algunos países para tener el apoyo mayoritario en las urnas (elección presidencial en Argentina y parlamentarias en Venezuela).

El abanico de las razones de este viraje electoral es muy amplio. En el caso argentino, un asunto fundamental es la elección del candidato. Ahora sí se puede afirmar que no sirve cualquiera para continuar con un proyecto de cambio por muy bien engrasado que éste esté. Scioli no es lo mismo que Cristina Fernández de Kirchner. Esto obliga a pensar con mayor responsabilidad el tema de la sucesión, quién, cuándo, cómo, qué identidad política representa. Otro tema sustancioso es la dificultad de los procesos de cambio para disputar el futuro, sin caer en un excesivo relato retrospectivo. La campaña del miedo, de la vuelta a un pasado peor, no parece suficiente para ganar. La nueva mayoría, propia del cambio de época, no cree a estas alturas que se pueda volver atrás. El nuevo ciclo histórico de transformaciones logró instalar un nuevo sentido común de irreversibilidad. Y a partir de ahí, toca pensar en el futuro; disputarlo y ganar la batalla de las expectativas para volver a encantar a las mayorías. La fidelidad se sostiene con desafíos hacia delante y sería un craso error obcecarse con querer construir la historia echando demasiado la mirada hacia atrás. Este aspecto es válido para Argentina, pero también para otros países. Se necesita reinventar una narrativa esperanzadora, de oportunidades futuras, que no rompa con el pasado, que sirva como detonante de motivación y entusiasmo. Se precisa identificar cuáles son las nuevas demandas de la ciudadanía para seguir avanzando. No sirve de nada viejas respuestas si existen nuevas preguntas.

Otro rasgo característico de esta nueva disputa que se abre en adelante es que el cambio de época ha provocado un cambio en la derecha regional. Macri no es Menem; Capriles tampoco es Caldera; ni Mauricio Rodas se parece a Nebot. La *derecha del siglo XXI* ya no es la del siglo XX aunque arrastre ciertos lugares comunes del pasado. Se presenta como *la política de la buena onda*, más amigable, revestida excesivamente de marketing, evitando exceso de confrontación. Esta nueva derecha ha venido ampliando su base de apoyo a costa de aglutinar nuevas demandas y valores más individuales (ecologismos, *oenegismos*, etc.) Fueron agregando siglas, creando coaliciones, alianzas territoriales. Véase Cambiemos en Argentina, y la Mesa de Unidad en Venezuela. Fueron creando una aparente unidad en medio de un mar de múltiples intereses no idénticos. Es una estrategia cada vez más poliédrica que comienza a darles algunos resultados positivos.

A estas claves, hay que sumar seguramente los errores propios de la gestión gubernamental, el desgaste propio de más de una década y la imagen de deterioro azuzada siempre por los medios de comunicación hegemónicos. Sin embargo, en estos últimos años existe una razón de peso que sobresale por encima de las demás: el flanco económico. La caída de precios del petróleo, la contracción del comercio mundial y el estrangulamiento financiero internacional constituyen un frente externo adverso que añade obstáculos a este momento histórico. Además, cada vez son más notorias las tensiones y contradicciones económicas internas propias de cualquier proceso de cambio a tan alta velocidad. El rentismo importador del siglo XXI hace tanta mella como el rentismo exportador del siglo XX; el cambio de modelo productivo es imperioso comenzando por aquellos sectores más prioritarios para sostener el alto consumo en bienes básicos para la población.

Se abre por tanto un año 2016 de alta intensidad de disputa entre diferentes modelos económicos. El debate se abre de par en par. Cada proyecto político pondrá encima de la mesa aquello que considera más oportuno para afrontar los desafíos inminentes. Esta vez sí hay una singularidad: los proyectos que eran opositores en Argentina y en Venezuela, ahora tendrán que ser protagonistas y propositivos. En Argentina, el electroschock económico de Macri ya se ha iniciado. Apenas un par de semanas de gobierno han bastado para no dejar ninguna duda acerca del modelo económico que pretende la derecha argentina para los próximos años. La apuesta es evidente: ponerse al lado del campo argentino, de las pocas grandes empresas agroexportadoras, permitiéndoles que sean ellos una suerte de “para-Banco Central”, con capacidad suficiente para elegir qué hacer con los dólares del país. No solo eso, sino a cambio de dar “libertad” en comprar dólares, el país se endeudará de manera externa-eterna para las próximas décadas. Se acabó la soberanía y cualquier ilusión de seguir caminando hacia la independencia económica del país.

En Venezuela, la oposición tendrá que decidir, sí o sí, en el seno de la Asamblea Nacional si su propuesta es pedir prestado al FMI, volver a liberalizar el tipo de cambio,

llevar a cabo políticas de ajuste en detrimento de la inversión social, o descapitalizar el país poniendo a la venta los activos más importantes de los sectores estratégicos. Es momento de no poder esconderse. Tendrán que dejar de criticar para pasar a proponer. No están acostumbrados a ello pero tendrán que hacerlo dada su nueva fuerza parlamentaria.

A partir de ahí, se inicia un pulso entre diferentes proyectos económicos. Cada uno pondrá encima de la mesa sus cartas. Los procesos de cambio aún en marcha, muy especialmente el venezolano, deberán procurar buscar soluciones internas frente a la restricción externa que no impliquen un ajuste neoliberal. No se puede superar este momento negociando los derechos sociales. Por ejemplo, en Venezuela, el Estado de las Misiones ha de ser precisamente el músculo económico a utilizar para la nueva etapa. La inversión social ha logrado realmente crear un nuevo universo económico siempre minusvalorado por el neoliberalismo. La cara económica de lo social es preciso valorarla en su justa medida. No es marginal ni desdeñable que el Estado haya puesto en funcionamiento una maquinaria de políticas públicas inclusivas a favor del área social para una mayoría ciudadana. Hay que aprovecharlas, hay que utilizarlas eficazmente como efecto multiplicador en lo económico. La nueva matriz de políticas públicas tiene un gran potencial económico para afrontar este escenario externo adverso. Esta nueva economía que pivota en torno a lo social ha de ser aprovechada como detonador para un salto adelante en lo productivo. Por ello, es imprescindible una nueva política de compras públicas a favor de un nuevo tejido productivo, democratizado, más eficiente. Por ejemplo, en Venezuela, se requiere internalizar la actividad económica derivada de la Misión Vivienda, de otras misiones relacionadas con el sistema de alimentación, con la sanidad, con la educación.

Lo interno ha recobrado además más importancia ahora que “el país económico” es más amplio, más incluyente. Gracias a la mejora en las condiciones sociales, económicas y laborales, la democratización del consumo en estos procesos ha sido significativa garantizando así una sólida demanda interna. Centrar la política económica en cambiar la matriz productiva a favor de una nueva oferta interna es cuestión imprescindible. En este sentido, también cabe planificar una oferta supranacional, a nivel regional, poniéndose de acuerdo entre los países amigos para conjuntamente repensar cómo realizar la gran transformación productiva latinoamericana, considerando además un mundo con cadenas globales de valor muy fragmentadas geográficamente. A veces, puede ser más rentable producir cualquier insumo con alto valor agregado insertándose inteligentemente en el mundo en vez de querer producir cada bien pero teniendo que importar gran parte del valor agregado.

A esta vía interna hay que añadir también lo tributario porque es posiblemente el camino más confiable para compensar la caída de los ingresos públicos por los bajos precios del petróleo. La soberanía tributaria se erige en estos tiempos en la senda más sostenible para hacer irreversible todo lo logrado en lo social. Hay margen de maniobra

suficiente para recaudar más fondos públicos bajo principios de justicia social. En Venezuela, por ejemplo, se ha dado un paso acertado en este sentido con la última decisión acerca de eliminar los ajustes por inflación que utilizan los grandes capitales para dejar de pagar impuestos; la implementación del impuesto sobre transacciones financieras también constituye un mecanismo acertado para evitar que el capital financiero evada impuestos. Una política de tolerancia cero contra la evasión y elusión fiscal se hace cada vez más indispensable. Los impuestos directos todavía tienen gran capacidad para recaudar.

Se precisa también una revisión de la regulación de la inversión extranjera directa para que los dividendos no sean repatriados en su totalidad hacia las casas matrices. Más bien, hay que buscar las fórmulas para que la ganancia generada dentro de casa se vuelva a reintegrar en el orden económico interno, y multiplicarlas productivamente. Esta tarea no es únicamente obligatoria para Venezuela; también para Ecuador y Bolivia. Hay que encontrar alternativas a los Tratados Bilaterales de Inversión de neoliberalismo pero con efectividad. Frente a la limitación financiera internacional, se precisa explorar mejor los mecanismos de atracción de inversiones productivas a favor del modelo de desarrollo que se pretende construir en adelante.

Se hace necesario además un uso más eficaz de las divisas: una suerte de acupuntura en la colocación de las escasas divisas para que el modelo económico interno florezca. Es por ello que el cambio de paradigma recientemente aprobado en Venezuela, va en el buen camino. Se sustituye el viejo mecanismo de entrega de divisas a cambio de demostrar que no se puede producir por otro que permite acceder a las divisas (para las necesidades de importación de los insumos productivos) bajo el requisito de cumplir con una determinada cuota obligatoria de producción. Esta es la verdadera discusión de la política cambiaria: cómo, cuánto, cuándo, y a quién otorgarles divisas para darles el uso más productivo posible evitando la utilización ociosa y especulativa de las mismas. Luego de ello, sí que será necesario revisar la política de tipo de cambio frente una economía mundial en la que el dólar se aprecia, pero también en la que existen otras monedas cada vez más relevantes en el ámbito del comercio internacional.

En esta gran batalla geoeconómica tampoco se puede descuidar el papel de las translatinas, que son las nuevas multinacionales de origen latinoamericano y con casa matriz en América Latina, nacidas del boom económico en la región y que aprovecharon el mundo neoliberalmente globalizado. Este nuevo tejido empresarial (un gran capital privado latinoamericano) tienen gran capacidad económica para hacer y deshacer a su antojo en cada uno de los países del continente. Son actores decisivos en este nuevo tempo económico: tienen fuerza suficiente para provocar guerras económicas efectivas si quieren, pero también pueden ser aliados sostenedores de procesos si lo desean. No es un tema baladí ni para que sea pasado por alto. Empresas como Vale, Cemex, Latam, Mexichem, Odebrechet, Embraer, Falabella, Femsa, Avianca, América Movil, Copa Airlines, son entre otras, claves en el panorama geoeconómico regional y

mundial. Conforman en realidad un nuevo modelo de integración económica para la región: piensan en otra hoja de ruta económica más a favor de su tasa de ganancia. El rumbo de los próximos meses y años dependerá en gran medida de qué tipo de políticas económicas afronten esta nueva realidad geoeconómica. No hacer nada frente a ello es permitir que se afiance una alianza del gran capital latinoamericano, a lo europeo, que solo necesite los Estados-nación para que le acomoden las instituciones a su antojo.

Son estos algunos elementos económicos fundamentales en esta nueva década en disputa. La presión desde afuera, así como las tensiones adentro, fuerza a elegir un camino u otro. El punto de bifurcación está a la vuelta de la esquina. Hay que decidir si la restricción externa se convierte en restricción interna, o si por el contrario se aprovecha estas circunstancias adversas para dar un paso adelante avanzando en la verdadera independencia económica. Porque de no ser así, la región también tiene otro bloque neoliberal que avanza aunque no sea sin problemas sociales casa adentro. La Alianza del Pacífico continúa con su política económica de *bobo aperturismo* al mundo, cediendo soberanía en los sectores estratégicos, y políticas públicas cada vez más anti sociales. Este revival del ALCA para el siglo XXI avanza con sus tratados de libre comercio desmantelando el pequeño tejido productivo nacional que existía en estos países, destruyendo al campesinado, generando una mayor dependencia importadora en bienes básicos, y lo que es más grave, acuciando un patrón de acumulación cada vez más concentrado en pocas manos a costa del mal vivir de las mayorías. A esta opción del Pacífico, hay que sumarle la interna en Mercosur, con una Argentina representada ahora por Macri, con un empresariado brasileño que empuja y empuja para que se firme un acuerdo de libre comercio con la Unión Europea.

La geoeconomía latinoamericana está en pleno movimiento, y este año 2016 será decisivo. La Unasur y la Celac han optado por la vía política dejando de lado casi todo lo que tiene que ver estrictamente con lo económico (como si esto no fuera también político). Aún tiene mucho por delante para poder avanzar (por ejemplo, por qué no una agencia latinoamericana de calificación de riesgo). La Alianza del Pacífico no quiere dejar esta oportunidad de ofensiva neoliberal a escala global. El Mercosur es a día de hoy un gran interrogante con una correlación de fuerzas cambiante. La Alianza Bolivariana para los Pueblos de Nuestra América-Tratado de Comercio de los Pueblos (ALBA-TCP) ha de emerger y reapropiarse de una agenda económica regional que ha perdido relativamente en los últimos años. Lo que suceda en Venezuela será determinante para la región, pero también lo será cómo Bolivia continúe saltando escollos, luego de la derrota en el referéndum que habilitaría una nueva reelección del Presidente Evo Morales. No hay que olvidar a Ecuador que, luego de haber aprobado una enmienda constitucional que permite la reelección presidencial indefinida pero no aplicable para el caso de Rafael Correa, viene de un año de alto voltaje político. En este caso, el país dolarizado ha de superar la restricción externa como si fuese interna. En suma, este eje de cambio, de ruptura con el viejo modelo neoliberal que partió de

Centro Estratégico Latinoamericano de Geopolítica

diferentes procesos constituyentes, afronta su etapa más complicada en este cambio de época, en el que lo económico tiene un papel privilegiado.